

Pregón

Semana Santa Cacereña 2014

Presentador: D. Fernando García-Montoto

Pregonero: Fr Manuel Díaz Buiza. Ofm.

Pregón

Semana Santa Cacereña 2014

No soy digno, créeme hermano que hoy me escuchas, de casi nada de lo que poseo en esta vida. Ni de mi sacerdocio, ni de la devoción de mi familia, ni de la fidelidad de mis amigos aquí presentes, ni de ostentar hoy esta cátedra para dirigirme a ti, hermano cofrade, existiendo tantos cacereños con más capacidad, con mucho más trabajo a las espaldas y con una historia mucho más fecunda que la mía en el mundo cofrade.

No soy cacereño de cuna. Por esto el pregón que hoy escuchamos no podrá ser al uso. Como decía el poeta austriaco Rilke, "mi infancia es mi patria", y yo viví mi infancia en otra patria, que aun siendo vecina, no es vuestra... nuestra querida y bien amada ciudad de Cáceres. Por eso, amigos, que hoy tenéis la paciencia de escucharme, disculpad mi devoto atrevimiento y permitidme que os explique por qué acepté este ofrecimiento, si es verdad...

“Que no puedo pregonaros
ni de calles, ni de esquinas,
ni de cofrades momentos.
Porque mi patria no es Cáceres.
Soy ciudadano extranjero.

Pero...

Si Él con su ayuda quisiera,
podría hablaros a tiempo
y destiempo de Quién es,
mi Señor y mi Maestro.

Porque mi patria no es Cáceres.
Es cierto: aunque aquí viví muchos años,
no soy cacereño.

Por eso, hoy solo hablaré
de la ciudad que es mi sueño.

La que se encuentra escondida
entre el rincón de mi pecho.

La que da sentido a mi vida,
a mis días, a mis horas

y a mis desvelos.

La ciudad de mi alma, donde habita

Mi Cristo, mi Señor, mi dueño.

Por eso no hablo de calles.

Por eso te hablo de cielos

donde no existen ciudades,

y donde reina, su Siervo, el sufriente (Is.53),

el Varón de dolores,

el Cordero sentado sobre un gran libro

sellado con siete sellos (Ap.5).

Por eso no hablo de calles,

porque no sé. ¡Que no puedo!

Pero déjame que te hable,

Ya en prosa, o con algunos versos,

de quien en forma de pan

se hace Dios entre mis dedos.

Si no te hablo de calles,

de momentos cofradieros,

de imágenes, pasos, música y alboroto callejero
disculpa mi atrevimiento,
disculpa hermano, disculpa...
pero hoy, aquí, en este pregón
me apremia lo Eterno.

Excelentísimo y reverendísimo Señor Obispo

Excelentísima Alcaldesa y Senadora de la ciudad

Sr Presidente de la Unión de Cofradías penitenciales

Dignísimas autoridades civiles, militares y religiosas.

Mayordomos y Hermanos mayores

Querido Hermano presentador, ¡gracias, mil gracias!

Cofrades, cacereños y hermanos todos: ¡Paz y Bien!

¡Qué extraña sensación siente mi corazón en este templo, hoy areópago de la cultura cacereña! Atrás queda la ley del fuero latino, que casi lleva al traste tan milagrosa fundación de los franciscanos en esta ladera cacereña de la sierra de la Mosca. Y aunque no es el momento de relatar la historia del templo y su convento, sí tengo que decir que desde que el venerado fr. Pedro Ferrer, pariente del gran santo valenciano San Vicente Ferrer, allá por el 1472 iniciara su proyecto, casi siempre, y sólo interrumpido por un buen puñado de años de desagradables sucesos, ha resonado para el pueblo cacereño, desde este templo y desde otros diseminados por la ciudad a lo largo del tiempo, el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo a la manera y sentir de Francisco el de Asís, el pequeñuelo.

Y hoy, en esta noche, y en este templo, hoy de nuevo, pregonaremos la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, con sabor franciscano y con mirada profunda de una madre, María, que acompaña a su Hijo en tan doloroso momento.

¿Y qué tendrá que ver los franciscanos, me diréis vosotros, con este pregón semanasantero?

Un franciscano, hecho pregonero, no tiene otra cosa que decir más que a Cristo pobre, y no puede tomar la palabra si no es para conmover al pueblo que, enamorándose de Cristo, descubra, en este ajetreado tiempo, su verdadero rostro, el del Hijo amado, que nos invita a su amor eterno; a presenciar su Pasión y contemplar la tierra nueva y el cielo nuevo que con su Resurrección ha inaugurado para todos nosotros, hombres nuevos.

Un franciscano, hecho pregonero, no puede hacer otra cosa, por vosotros cofrades cacereños, que haceros sentir en vuestro pechos, ya debajo del antifaz, ya de costalero, ya de junta de gobierno, ya diputado de tramo o simple hermano nazareno que lo que urge, que lo que apremia en estos días santos es... lo Eterno.

Aquello sucedió por ti

Ahora que los vientos del Espíritu soplan fuerte en la Iglesia, y traen el aroma de lo sencillo y verdadero, dejadme que sea Francisco de Asís, aunque también el otro Francisco, el sencillo y alegre, nuestro Papa que pastorea a todo su pueblo, los que nos indiquen cómo debemos vivir estos sagrados momentos.

Cuenta la Leyenda de los Tres Compañeros (n.14), una de los muchos relatos de que disponemos para conocer la vida del santo, que Francisco «un día iba solo llorando y sollozando en alta voz. Un hombre que lo oyó pensó que sufriría alguna enfermedad o dolor. Y, movido de compasión, le preguntó por qué lloraba. Y él le contestó: “Lloro la pasión de mi Señor, por quien no debería avergonzarme de ir gimiendo en alta voz por todo el mundo”. Y el buen hombre comenzó, asimismo, a llorar, juntamente con él, en alta voz tan doloroso misterio».

¡Eso es vivir la pasión,
y no lo nuestro!
¡Eso es transmitir y contagiar el misterio,
y no lo nuestro!
¡Eso es conmover el corazón,
y no lo nuestro!

Y eso, eso es lo que yo quiero, ¿iluso deseo?, de ti hermano cofrade, conmover tu corazón, para que vivas el Misterio porque en estos días santos hay que tomar partido, hay que ser "nazareno".

¿Qué es eso de ser cofrade solo para los días venideros? ¿Cómo se puede ser cofrade para un momento y olvidar a la hermandad, a sus cultos, por tanto tiempo?

No cabe en el corazón cofrade, si éste ha estado bien alimentado a lo largo del tiempo, o por la escuela cofrade, feliz invento de este pastor y obispo cacereño, o por el día a día de la rutina cofradiera, o por la misma vida saliendo al encuentro, la que te lleve a entender que vivir la Semana Santa es algo más que ese momento, cuando, con lágrimas emocionadas, ves a tus santos titulares, saliendo del templo.

Que es mucho más, que el cortejo, la banda, las saetas y el olor a incienso. Pues en estos días, se vive, se rememora, un vital acontecimiento: que el Amor vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Clavaron al Amor en el trago amargo del madero y ahora, ese amor vive para siempre. ¡En el Calvario el Amor es el invento!

Hay que hacer un hueco en nuestro corazón, tan lleno, para que resuenen las palabras de San Francisco, y cambie tu manera de vivir el Misterio, él nos dice: "Aquello sucedió por mí".

¿Por mí?, sí, por ti y por todos, para que aprendamos a ver la vida con los ojos del Nazareno.

Si en estos días no te sientes absolutamente implicado tú, en primera persona, entonces tu fe, tus buenos propósitos, tu entrega a los demás, tu dedicación al mundo y tu compasión por los que sufren... durarán lo que dure tu entusiasmo pero te aseguro que tu corazón seguirá estando muy lejos de vivir este santo momento.

El misterio de estos días es entender que aquello sucedió por mí y que desde aquella hora

todo es posible, porque el amor de Cristo vence el odio, la injusticia, el desamor, la desesperanza, la muerte...

Misteriosamente el mundo, y yo con él, estamos siendo salvados a través de este AMOR que se deja crucificar.

“¿Por qué nos has amado tanto, Señor? ¿Por qué?”.

Ahora comprendo las lágrimas de San Francisco cuando pensaba en su Señor despreciado, torturado, humillado hasta la muerte y una muerte de cruz.

Es lo que tiene enamorarse sin remedio.

¿Cómo permanecer indiferente ante la crueldad física, la injusticia y el pecado de los hombres que se ensañan contra Jesús? ¿Cómo permanecer impasibles, indolentes, ante la obediencia de un amor, el suyo por el Padre y por cada uno de nosotros, que se entrega, que se da sin medida, que se derrama sobre un mundo que lo rechaza y lo desprecia?

¿Cómo atreverse a reducir este calvario escandaloso, donde muere el Amor llevado hasta el extremo, a un mero espectáculo, a una feria o a un negocio para unos cuantos?

No te quedes indiferente, cofrade penitente, no vivas estos días desde la distancia prudente, no te apoltrones en la butaca de tantos palcos, cual espectador silente. Toma partido, o con los que permanecen a su lado, o con los que, ciegos por lo que sea, lo llevan a la cruz.

Si dejas que en tu vida el miedo te amordace, o te haga traicionar a un amigo, o te quite la fuerza para defender tus convicciones más profundas... ¡Ten cuidado hermano! Te vas pareciendo a Pedro que termina huyendo, empapado en lágrimas que saben a miedo:

“no conozco a ese hombre que decís” Mc, 14.71

Si ves que el dinero, cofrade cacereño, va pesando demasiado en tus decisiones, o te hace perder el sueño, o la cabeza, o te llega a esclavizar hasta el punto de ser más fuerte que el amor... ¡Cuidado! A Judas le pasó primero:

“Uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo” Mc. 14, 17.

Si dejas que el poderoso de turno te haga cambiar de ideas, o si estás siempre en la comparsa del sol que más calienta; o si el domingo gritabas: “Hosanna al Hijo de David”, y el viernes: “Crucifícalo”, eres, por desgracia, como ese pueblo que se dejó manejar contra Jesús:

“Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás”

Mc.15,11.

Si has probado ya el sabor del poder, y te ha gustado hasta el punto de plegarte alguna vez al soborno, tan en boga en este tiempo, o de lavarte las manos dejando que pierda el inocente sólo porque es más débil, o de halagar al pueblo para seguir mandando... ¡piénsalo bien! No te olvides de Pilato:

“Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran”. Mc. 15,15.

O puede que, por el contrario, seas tú, hermano cofrade cacereño, de los que, en estos días y en estos tiempos...

Te encuentres arrimando el hombro, "costalero" todo el año, para hacer menos pesada la carga del que sufre. Y te des cuenta, de pronto, de que es a Cristo a quien estás ayudando a llevar su cruz. Como aquel "Simón el Cirineo" (Mc.15,21).

O, mientras limpias el sudor a un enfermo, o acompañas la soledad de un anciano, piensas con razón que eres aquella "Verónica" que, según la tradición, rompió valientemente el cerco de los mirones y enjugó el rostro de Cristo cuando pasaba con su cruz.

No quiero pensar que estés entre los que golpean, o entre los que se burlan, o entre los que primero deciden condenar a Jesús para después buscar pruebas en que apoyarse:

"los sumos sacerdotes y el sanedrín en pleno buscaban un testimonio contra Jesús para condenarlo; y no lo encontraban" Mc,14,55

Quisiera, mejor, verte de pie junto a la cruz como María, como Juan, como aquellas mujeres valientes, solidarios con el débil crucificado, con el injustamente condenado, con el expulsado de su tierra, con el pobre abandonado...

Pero no te quedes en simple espectador. Ante un drama de esta clase no cabe la indiferencia, mirar a otro lado, o hacer lo políticamente correcto. Toma partido, de una vez, por Dios, cofrade cacereño: o con Él o contra Él.... porque lo que urge, lo que apremia hoy es....lo Eterno.

iQue llueva!

La súplica que este pregonero hace, como augurio de buen tiempo para los días santos, es pedir a Dios la lluvia, el agua necesaria....¿pero qué dices, pregonero? Si pedimos agua arruinarás nuestro evento. Si llueve se estropeó el festejo.

Quédense tranquilos porque el agua de mi súplica no moja el pavimento, ni estropea imágenes ni terciopelo, ni desluce el desfile ni ahoga el grito

saetero, el agua de mi súplica quiere ablandar nuestro corazón para poder vivir plenamente el Misterio.

El agua de mi súplica quiere deshacer el "velo", el que nos permite vivir estos días santos sin que se inmute ni cambie nuestro corazón ni se conmuevan nuestros adentros.

Algo está pasando si no nos conmueve este Misterio.

¿Cómo es posible imaginar, que la Semana Santa, ocupará los titulares de primera página de todos los periódicos, generará programas en todas, bueno en casi todas, las cadenas de televisión, llenará muchas horas en las emisoras de radio, y sin embargo serán muy pocos los que se tomen en serio esta noticia, muy pocos los que calcularán sus consecuencias, menos aún los que indagarán su significado y casi nadie siquiera se parará un instante para preguntarse sobre la veracidad de este hecho?

¿Cómo es posible comprender hasta qué punto los hombres podemos llegar a leer sin entender, a

ver sin mirar, a oír sin escuchar, a seguir por nuestro camino rutinario, sin alzar un momento la mirada, sin mirar más allá, sin hacer caso a una voz que nunca ha dejado de hablar, a una luz que nunca ha dejado de guiar.

Pues eso ocurre en nuestro tiempo, Cristo padece, sufre y muere, y no se inmuta el pueblo. Y en cambio, cofrade cacereño, desde lo más alto de la cruz, Cristo de la buena muerte, abre su boca, y dice su lamento: ¡Oh, vosotros todos, que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor! (Lamt. 1, 12). Dolor, que Juan en su evangelio traducirá en su último grito: "tengo sed" (Jn 19,28).

¿Cómo no reaccionar ante el grito de Jesús moribundo desvelando su deseo infinito, su sed de amor y de comunión plena con el hombre y con el mundo?

¡Que no!, que no es cuestión de endulzar, de reducir estos días a fiestas y festejos. A recuperar tradiciones, a atraer el turisteo, a hacer de este

grito un negocio que llene las arcas de tantos bolsillos ajenos.

Si no te hiere el corazón este cortejo de Jesús condenado, torturado, azotado y arrastrado como un reo.

Si no te hiere el corazón este espectáculo esperpéntico, de ver a Cristo negro en el calvario, desnudo, entregado a la burla, al escarnio más feo.

Si no te hiere el corazón ver correr, del Cristo del Amor, su preciosísima sangre, expresión más genuina de su amor hasta el extremo.

Si no te hiere el corazón, la Vera cruz, su Hijo muerto,...

es que tus sentidos se han atrofiado, se han endurecido y te has hecho egoísta hasta en tus sueños.

Quisiera que mi súplica frenase tanta indiferencia y ¡Que llueva! Sí, necesitamos la lluvia, pero la lluvia de las lágrimas, que no dejan de ser gracia sobre la tierra seca hasta que nuestro corazón de piedra se ablande y pueda ser, como María, la

verdad de Cristo en el último tramo de su existencia.

«Con llantos», nos dijo el profeta Joel (2, 12) el miércoles de ceniza. Necesitamos acompañar a Jesús envueltos en lágrimas que lavan y ablandan, lágrimas de arrepentimiento, lágrimas de compasión, lágrimas de consolación y lágrimas de agradecimiento.

Podrá faltar en vuestros desfiles bandas y ornamentos, mantillas y saeteros, se deslucirán por la lluvia y el mal tiempo, por el murmullo y el jaleo... pero nunca tanta belleza exterior podrá suplir la belleza de un corazón que llora ante el paso del que es Autor de la vida y Pastor bueno.

Deja que afloren en tu rostro lágrimas de arrepentimiento y te unas a todos los que reconocen el mal hecho y asume tu sufrimiento, como las del Rey David al descubrir su pecado, o la de la pecadora que con ellas enjugó los pies de Jesús, (Lc 7, 38), o las de Pedro después de traicionar la fidelidad jurada y perjurada al maestro (cf. Lc 22, 62).

Deja que afloren a tu rostro las lágrimas de compasión, ¡qué caras se venden! Lágrimas por el hermano que sufre, como la de Cristo por su amigo Lázaro o por Jerusalén, la ciudad de sus deseos (cf. Lc 19, 41; Jn 11, 35). ¡Lágrimas divinas!

Deja que corran por tu rostro las lágrimas más dulces, las lágrimas de agradecimiento y consuelo, como las de aquella pecadora del evangelio, que rompió el frasco de sus lágrimas y perfumó la casa donde estaba Cristo del suave olor del agradecimiento. Lágrimas consoladoras y «eucarísticas», que no falten en este momento, porque son el mejor himno de alabanza al Señor de la Salud que tanto amor puso en medio de nuestro corazón enfermo.

Que todas se concentren en nuestros ojos y bañen lo más profundo de nuestro ser, para acompañar con profundo respeto y dolor al Varón de dolores, a Dios mismo, en su sufrimiento.

Que nuestros pasos se mezan al compás de la melodía suave de las lágrimas y vengán a completar las otras melodías que envuelven las calles y las

plazas de Cáceres al paso de Cristo sufriente o de su madre doliente: "toque de oración" del Nazareno, la "macarena" o la "madrugá" de Abel Moreno, la emotiva marcha "bendición" del Domingo de Ramos, la tan conocida melodía de "la muerte no es el final del camino", que acompaña al Cristo de las Batallas, la singular de los Estudiantes "el novio de la muerte", o las más recientes como "salud de Santo Domingo". Mirad si ponen belleza a nuestro cortejo, pero nunca, nunca podrán alcanzar, la melodía del corazón, que expresan en sublime música las lágrimas de todos los que se acompasa entre el Misterio y el dolor de ver a Cristo sufriendo.

¡Que llueva! Esa es la nueva revolución cofrade, la de las lágrimas. Si el cofrade aprende a llorar, sus lágrimas se convertirán en semillas de un mundo nuevo. Si la Iglesia, el mundo, aprenden a llorar, todo empezará a ser distinto. Las lágrimas ablandarán los corazones, las relaciones y las estructuras humanas.

En adelante todo llevará la marca de calidad de las lágrimas, es decir, de la compasión y la solidaridad. En adelante, las lágrimas serán el mejor

arropo a estos días fríos y gélidos que han confundido el corazón de los hombres hasta el punto de quitar de su vista, la luz y el calor que trajo el Cristo de la Victoria, agarrado al madero.

Y entonces, el encuentro de mi dolor con el dolor de Cristo, el encuentro de mi cruz con su cruz, el encuentro de mi desgracias con su desgracia hará que más que pedirle yo, Él me dé, que más que quejarme, me consuele, más que dolerme mi dolor, me duela el suyo.

Pido prestada a la gran poetisa chilena de corazón creyente, Gabriela Mistral, su oración al Cristo del Calvario, pues refleja, con meridiana claridad, el misterio que se vive en la cruz: el dolor de Cristo ilumina el nuestro. Oración que por otra parte ha acompañado desde siempre mi vida en sus momentos más difíciles y os puedo asegurar que han sido muchos y muy intensos.

Y nos ayudará a comprender esta insólita imagen, que preside este acto, del abrazo de Francisco haciéndose cargo del dolor de su Cristo, Señor y maestro:

*En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.*

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?*

*¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

*Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.*

*El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

*Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.*

Amén.

¡Qué admirable intercambio! ¡Qué alivio para nuestros cuerpos! ¡Entender este dolor es entender el Misterio!

Gracias, Señor, nunca pensé que tu dolor me abriría la puerta santa para el encuentro contigo y descubriría que solo el amor pone en crisis el sufrimiento.

Nada de barricadas, en mi vida, sino de frontera abierta, como tú estás en la Cruz, para todo el universo. Permíteme ser permeable a tu amor y experimentar en él, con lágrimas agradecidas, el fundamento de mi existencia, porque lo que urge, lo que apremia hoy es...lo Eterno.

Con mirada de Madre

Yo quisiera,... hubiese querido poder contemplar este misterio de la pasión de NSJ desde otro lugar. Quizás, desde un puesto en el que, como dijera san Juan de la Cruz, pudiese disfrutar de los deleites a que se aviene por la Cruz, sin pasar por la angostura de esta. Pero no puedo.

Mis ojos son los ojos de un ciego. Están quemados de tanto desierto, por ahora tan solo que queda la memoria y la esperanza, pues la voz de mi Amado ha sido silenciada por el tenebroso celo del sepulcro.

Por ello, si algo hoy quisiera pregonar, solo puede ser un cantar a quien inspira los Cantares, para que después de este torpe hablar resuene en nuestra alma Aquel amar, que por amor, murió de amores. Y para ello.... Necesito otros ojos, necesito otros albores, que no me traigan más silencios sino que me susurren rumores, bisbiseo de quienes se aman y requiebros de pasiones. Pasiones de un Amor, que por amor se hizo hombre.

Y es esta la razón por la que quisiera poder

contemplar la pasión con otros ojos que no fuesen los míos. Quisiera contemplarla con aquellos iris agraciado de su madre, la Dolorosa, que por su inmenso amor hacia Jesús, padece, también ella la agonía de su Hijo y así, consumida de dolor comparte plenamente el sacrificio salvífico de Jesús.

Quisiera contemplar la pasión, agarrado de la mano de la madre, que recorrió el camino de la cruz, acompañando y consolando iy de qué manera! a su Hijo.

Quisiera no soltarme de su mano para no perderme ni un instante de tan injusto cortejo, desde la compañía y consuelo silente y escondido, desde un rincón de la calle, junto a Ella que camina presenciando todo el dolor de su Hijo.

Quisiera, ipermitidme este atrevimiento!, como María, vivir la pasión de su amado Hijo dándole la fuerza y la gracia de su amor.

Quisiera, finalmente, agarrado siempre de la mano de la Madre, recoger el testigo de ella, testigo privilegiado en el camino de la cruz, y aprender como ella a saber mirar, a saber amar.

¿Os agarráis también vosotros de la mano de María para vivir juntos este momento?

¡Pues, empecemos este encuentro!

Lejos quedaba, Madre, en tu retina la entrada en Jerusalén de tu Hijo, con tu Hijo ahora en tus brazos muerto. ¿Recuerdas? Era el primer día de la Semana Mayor previa a la gran fiesta de la Pascua. Por sus calles, trasiego. Idas y venidas. Las palmeras se agitaban a pesar de no correr ni una brizna de aire. Era la chavalería que encaramada en lo alto pretendían coger palmas para recibir a quien ya las lenguas –siempre las lenguas- se habían encargado de decir que estaba a punto de llegar.

¡Si! Llega el “rey, en palabras del profeta Zacarias, que viene lleno de mansedumbre cabalgando sobre un asno y un pollino”. No quisiste, Señor, que te acompañaran las mujeres ni tu madre. Mucha tristeza para un día y demasiado cansancio.

Tú, sabías, María, que era el comienzo del final. El nacimiento de una nostalgia que no se saciará jamás, hasta que en el definitivo encuentro le

volvamos a ver junto a nuestros seres queridos, en aquella patria que tiene por frontera la muerte y la cruz.

Entretanto la chiquillería comenzó a buscar con qué alfombrar las calles. Nerviosos corrían, salían a los caminos y recogían cuanto encontraban para decorar los adoquines de la ciudad para cuando pasara el Mesías. El azul del cielo, claro e inmaculado, se hacía presente sobre sus cabezas incapaces de concebir la maldad de sus mayores. Palmas, mirtos, jaras, iban configurando la entrada. La entrada Triunfal en Jerusalén. Y así, una vez todo preparado con esa maravillosa capacidad que tiene esta ciudad para acompañar con su cielo al Hijo de Dios, cabalgó nuestro Señor su montura y pareciendo por un momento olvidar a qué se enfrentaba, majestuoso, real... despejó de sus ojos las nubes y así cabalgó como Rey victorioso. Y tú, madre, guardabas en tu corazón este día de luz amenazado por la tormenta de muerte que se avecinaba.

Pasaron los días, rosario interminable de fatigas, días de desolación, pues la traición ya

estaba pactada, y en los suyos y en su madre, la tensión se mascaba. Sin embargo. Él no perdió por un instante su semblante real. Recio, nacido de la tierra, parecía clavarse en ella cuando predicaba. Sus ojos, zafíreos, límpidos pero majestuosos, mendigaban de ti, madre, y de sus discípulos, las migajas de amor mínimas para poder penetrar con sus palabras en vuestras almas. Pero el diablo ya había hecho su trabajo. La muerte había sido convocada y esta extendió su manto negro de desesperanza sobre aquellos fariseos y aquel pueblo que no supo reconocer a la luz, que murió por iluminarlos.

Y así llegó el jueves, el primer Jueves Santo y quiso Jesús celebrar la Pascua con sus discípulos. En una sala contigua al cenáculo, estabas tú, María, con las otras dos Marías, tú siempre cerca de tu Hijo. Llevabas un velo blanco sobre la cabeza que aparecía al descubrirse el manto negro que también te cubría. Y entró tu hijo, tú te arrodillaste frente a él, y el viento del Espíritu hizo que pudiéramos escuchar esa divina conversación:

Dice María: *Me lo adivinan tus ojos, este turbio*

sufrimiento que es estar vivo y muriendo, entero y a su vez roto. Es tu silencio quien me dice en esta tu despedida que no te volveré a ver más por las sendas de esta vida. Ven acá conmigo Hijo que de rodillas te rece, y le lleves a tu Padre, de tu madre, María santísima del Dulce nombre, un miserere.

Dice Jesús: No... hoy eso no es así, Madre. Hoy soy yo quien se arrodilla, buscando fuerza y consuelo ante quien me dio la vida. Tan solo te tengo a ti en esta hora postrera ¡Abrázame y vuelve, madre, a ser mi cielo y mi Virgen de la Estrella!

Y así llegó uno de los momentos –el momento– en donde quien fue la Vida y quien la ofreció a quien quiso tomarla, comenzó a dejar de vivir en este mundo. En el cenáculo, reunió a todos, Judas enfrente, lugar privilegiado, se diría que aún albergaba la esperanza de inspirar el arrepentimiento con su mirada. Pero nada sucedió.

Comenzó la cena. Los ritos pascales fueron recitados puntualmente. Se levantó, el Cordero místico, que tan hermoso luce en el monumental

paso de la cofradía sacramental, para ponerle gesto a las palabras apenas pronunciadas: quien tuviese aspiraciones al mando, las emplease en arrodillarse delante de sus hermanos para ser servidos como una madre. Y así, arrodillándose él, les lavó los pies, y les volvió a dar testimonio. Se arrodilló ante el traidor. ¡Dios mismo se clavó ante quien en pecado mortal había decidido entregarlo!.

Pero no estaba dispuesto el diablo a descansar, pues no solo arrastró la traición de Judas sino también la negación de Pedro.

Llega la terrible hora, Jesús necesitado de orar con el aire, salió del cenáculo; cruzó el torrente Cedrón y llegó a ese huerto donde solo crecen los olivos. Y en medio de esa oscura y negra pena, hincando su cuerpo en la fría y oscura tierra, Jesús de la Humildad, pidiendo al Padre que se cumpliera su promesa, ese huerto preñado de espesa niebla, se hizo un firmamento de luces.

Las antorchas, las luces, portadas por los secuaces de las tinieblas, ironía de la vida, guiados por Judas. Sí Judas, ese misterioso hombre que

rompió en traición y que entregó besando en la mejilla a quien antes le había besado los pies, lo entregó.

Acto seguido, como si fuera un criminal vulgar, se le echaron encima como hienas a la carroña. Aún resuena en tu corazón de madre, sus palabras: “no sois vosotros los que me prendéis, sino yo el que me entrego”

Lo que siguió fue toda una vergüenza. Abrieron el Sanedrín por la noche, cuando la ley lo prohibía, faltaban sacerdotes que hacían inválido el quórum que se había logrado reunir para semejante farsa. La turba chillaba enfervorecida. Como plañideras a sueldo, por miedo, por dinero habían ido a insultar, a reírse, mofarse de tu Hijo, madre, nuestro Señor. El espectáculo fue insufrible: risas, gritos, insultos... El mal gusto pestilente del demonio se había apoderado de aquel escenario. Las personas se transformaban. Sus ojos se salían sedientos de violencia. Aquelarre macabro de diablos. Y tu, María, agarrada del brazo de la otra María, no quitabas la vista de tu Hijo. Tu rostro, quebrado por el dolor, apenas era incapaz de llorar. Y todo lo

guardabas en tu corazón.

¿Qué sentiría, madre, tu corazón cuando escuchaste la sentencia de muerte que imponían a tu adorado hijo, Cristo de la Salud? Tu que le diste vida, que lo llevaste en tus entrañas, que le amamantaste, que lo viste crecer, caminar, hablar...y ahora serías testigo de su muerte. ¡Qué dolor, Madre, para ti verlo recorrer el camino pedregoso y estrecho que lo llevaría hacia su crucifixión! María, santísima de la Estrella, Madre del injustamente condenado, sé que tú hubieras querido tomar el lugar de Jesús, pero sabías que había llegado su hora, era el momento.

Tu mirada nunca se cerró como tu corazón de madre, ante el gran dolor de ver a tu hijo Jesús, condenado con una corona de espinas enterrada en su tierna cabeza; le has visto su cuerpo todo, sangrando, amarrado a la columna, Señor de las Penas, y su carne toda llagada... y por si fuera poco, tienes que ver cómo, sin ninguna consideración, en esa piel tan herida y adolorida, le colocan una cruz. Lo sé, lo sé, Madre mía, que sientes en tu corazón el peso apremiante de ese

madero que colocan sobre los hombros de tu amado Hijo. ¡Cuánto te hubiera gustado, madre, aliviar algo el peso de tu Hijo, cargar tú con su cruz! Pero así tiene que ser, son los atributos de realeza, de tu hijo, Cristo de la Victoria.

Qué larga se tuvo que hacer la vida dolorosa, la calle de la amargura. Tú que viviste para cuidar a tu Hijo, ¡qué duro fue para ti verlo ahí indefenso! María, del rosario doloroso, todo tu ser reaccionó y quisiste ir a recoger a Jesús, acariciarle, mitigarle su dolor, igual que cuando niño se caía y tú le limpiabas, le curabas. Pero no podías hacerlo, debías solo orar y pedirle al Padre Celestial, que le diera las fuerzas necesarias para continuar...

Una, y otra, y otra vez, y a cada caída, el cuerpo de tu Hijo, Cristo de las Batallas, más frágil, más roto, rodillas rasgadas y ensangrentadas, y las llagas de su cuerpo más profundas y abiertas por los azotes que no cesaban. Y tú, oh madre, María santísima de los dolores, dispuesta a darle un poco de agua, un poco de ternura o toda, con tal de aliviar su sufrimiento y su fatiga.

¿Cuánto darías, madre mía, por susurrar en el oído de tu hijo, NP. Jesús Nazareno con la cruz a cuesta, aquellos cánticos de amor, aquellos versos tiernos y dulces que le cantabas por las noches? Deseabas abrazarlo y ayudarlo a levantarse para que llegara a su meta final, la cruz. Ya le queda muy poco, y tu corazón, señora de la Misericordia, está tan desgarrado de compasión por tu hijo que lo único que deseas es que ya llegue a su descanso...

Y lo tocaste, aquella mañana del Viernes santo, te adentraste entre la multitud gritando el nombre que tantas veces llamabas para que fuera a comer, a estudiar: "¡Jesús, Jesús, Mi hijo...!" y por fin logras llegar a donde está tu hijo Jesús. Tus ojos llenos de lágrimas y angustia ...sus ojos llenos de dolor, soledad, mendigando de los hombres un poco de amor... ¡Nuestro Padre Jesús del Perdón! En ese momento tomaste fuerzas del amor que le tienes, y con tu mirada silenciosa pero mucho más elocuente que las palabras, le dices: "Adelante hijo, hay un propósito para todo este dolor... la salvación de los hombres, de aquellos a quienes quieres devolverles el poder ser hijos de Tu Padre Celestial. Y regresas,

Madre, silenciosa a tu lugar, escondida entre la muchedumbre, guardando todo esto en tu corazón...

En todo este trance, qué alivio sentiste cuando viste que un hombre va a ayudar a tu pobre y destrozado Hijo, a cargar con esa cruz tan pesada. No sabes quién es ese hombre, sabes que no lo hace por amor o por compasión pues le están obligando a llevar la cruz de tu Hijo. Pero lo único que sabes es que jamás olvidarás el rostro de aquel hombre que alivió el dolor de tu Hijo... oras y pides a Dios que mientras carga la cruz, la sangre de Jesús Condenado, que corre por el madero, toque su corazón y le haga comprender cuánto amor se revela en esa cruz, cuánta misericordia se manifiesta en ese evento del cual él está siendo partícipe. Y tú, Madre, recordarás por siempre el rostro del aquel extraño que desde ese momento se convirtió para ti en un Hijo.

Yo estoy convencido, madre mía, que tu oración silenciosa y suplicante al Padre hizo que moviese el corazón de alguien para que generosamente corriera al auxilio de tu Hijo. Deseabas que fuera

una mujer para que, con su delicadeza maternal, aliviara tanta aspereza y brusquedad como ha recibido Jesús, Cristo del Amor. Y cuando ves a la Verónica acercarse a limpiar el rostro todo desfigurado de tu Hijo, sientes que tu corazón va a estallar. Ves cómo su velo blanco y limpio se posa sobre el rostro sangriento y sudado de tu amado Jesús... Y tú sabes, Madre, señora de la Caridad, que ante una acción tan amorosa, tu Hijo va a dejar una huella de su presencia... El rostro de tu Hijo, grabado en un velo blanco... así como está grabado en tu Inmaculado Corazón.

Tus lágrimas, Virgen de las Angustias, no han faltado, en esta vía dolorosa, eran necesaria para ir humedeciendo el camino tan seco y árido que recorre tu Hijo; tus lágrimas de amor y sacrificio van mezclándose con la sangre de tu Hijo que cae sobre la tierra. Sufres al ver la frialdad de los hombres ante espectáculo tan doloroso... pero de pronto, a tus lágrimas benditas, se unen otras lágrimas, las de unas mujeres que lloran de compasión al ver a tu hijo tan destrozado... y descubres que Jesús, se detiene ante ellas... Les

dice que no lloren por Él, sino que lloren más bien por ellas y sus hijos... Quizás ellas no entendieron, Madre, pero tú sí comprendiste la profundidad de aquellas palabras de tu Hijo. Sabías en tu corazón, que Él, Cristo del Amparo, las llamaba a un arrepentimiento verdadero, a que llorarán más bien por sus propios pecados. Tu amado Hijo, en medio de su gran sufrimiento, seguía siendo el gran maestro de los hombres...

El camino a punto de terminar, llega a su fin, al Calvario, no sin antes, María santísima de los Dolores, presenciar, lo que nunca una madre está preparada para vivir, lo que nunca una madre tiene que presenciar en su vida, ver morir a su Hijo, ¡y de qué manera!

Dolor, tras dolor, María, del mayor dolor, ver a tu Hijo despojado de su ropa... tú que viviste para cubrirlo, protegerlo y cuidarlo, lo ves indefenso, desnudo... muriendo en la misma pobreza en que nació, la misma pobreza que cautivó y enamoró a Francisco de Asís, de tu Hijo, pobre y obediente. Y de pronto ves, Madre, en el rostro de Jesús un gesto de profundo dolor, y es que al quitarle la

túnica, también arrancaron pedazos de su cuerpo que se habían pegado a la tela... Tus ojos llorosos y tu corazón de madre recordaba, ese glorioso momento cuando tuviste a Jesús por primera vez en tus brazos en medio de la pobreza del portal de Belén. Lo envolviste en pañales y lo colocaste en un pesebre. Querías que no pasara frío, que no estuviera desnudo, sino que esa ropita que le habías hecho con tanto amor cubriera su inmaculado cuerpo, ahora desfigurado.

Es difícil seguir el relato, icómo aguantaste, madre mía, dime cómo, yo que me ahogo en un vaso de agua...! Me pregunto, como tú te preguntabas en tu corazón, si no era suficiente todo lo que le han hecho, itodavía falta más...! Ves cómo colocan a tu Hijo en la cruz, ni siquiera podrá pasar sus últimos momentos con algún descanso. No, ahora ves cómo amarran a la cruz su cuerpo todo herido. Pero, Virgen Mártir, tu corazón se detuvo al oír los martillazos que atravesaban sus huesos. Sus manos y sus pies, completamente taladrados por esos clavos. Tú, María, recibes esos clavos, como si verdaderamente te clavarán a ti. Quisieras decirles

a los soldados que todo eso no era necesario...no necesitaban clavos para mantener a tu Hijo, Cristo de la Buena muerte, en la cruz, su amor por los hombres lo hubiera sostenido allí, en la cruz hasta la muerte...

Y sin mayor contemplación, tú firme, Virgen de la Esperanza, de pie, ante la cruz alzada de tu Hijo, ves cómo un soldado traspasa con una lanza su corazón... y yo lo sé, lo sé madre mía, que sin lanza, el tuyo también fue traspasado. Dos corazones, definitivamente unidos para toda la eternidad.

Y en ese suplicio, cómo no desear su muerte, su descanso. Tu hijo, Jesús de la Expiración, muere, y sientes el dolor, el vacío, la soledad, pero también el descanso de saber que ya el mundo con toda su hostilidad no le pueden hacer más daño... Qué grande eres María, señora de gracia y esperanza; tú, igual que tu Hijo Jesús, llegaste hasta el final. Es en la cima del Monte Calvario, en esa cruz donde tu Hijo, el Santísimo Cristo del Calvario, es elevado en su trono de Rey, la Vera-Cruz, que tú te conviertes en Reina. Tu reinado, María dolorosa de la cruz, lo

alcanza tu gran amor y tu fidelidad en el dolor. Todo parece acabado... y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón...

Te parecerá mentira que aquel niño que tantas veces acunaste, arrullaste y estrechaste contra tu pecho, luce hoy como un despojo humano. Pero lo único que importa en ese momento es tenerlo a Él de nuevo en tus brazos maternales, María corredentora. Sabes que Él no puede sentir tus caricias, ni tus besos, pero aun así lo besas y lo acaricias... quieres borrarle el horror de lo que los hombres le hicieron a través de tu ternura y de tu amor. Madre, cómo lo estrechabas, cómo abrazabas ese cuerpo tan desfigurado, de tu Cristo negro, sabías que El había llevado sobre sí toda nuestra culpa, que con su dolor Él había sanado las llagas de nuestros pecados, que con su ser todo destrozado, y con su preciosísima sangre derramada Él había devuelto la belleza a nuestras almas... Y al mirarlo ahí, reposando inmóvil en tus brazos, María madre de la amargura, solo pensabas que Él vivió para amar y ahí estaba la prueba más grande de su amor.

Señora de la Soledad, tú nunca dejas a tu Hijo, vas con los que lo llevan a enterrar, pues quieres acompañarle hasta su tumba. ¡Santo entierro! Tú quisieras arreglar su cuerpo, vestirlo, ponerle un manto blanco, suave y perfumado, pero nada de eso se te permite hacer. Recuerdas, en ese momento, los nueve meses que lo tuviste en tu vientre. Donde lo guardabas con tanto amor, refugiándolo y cuidándolo del maltrato del mundo. Y es así como lo depositas en esta tumba. Es hora de dejarlo y de cerrar la puerta del sepulcro. Qué dolor Virgen del Buen fin, saber que Él se queda ahí, y que tú debes continuar aquí en la tierra, enfrentándote a la oscuridad, a la burla, a la indiferencia, al desprecio que aun después de muerto sigan haciéndole los hombres. María, tú caminas despacio como no queriendo separarte de tu Hijo... pero... una gran paz envuelve tu corazón tras pasado de dolor... un gran resplandor inunda tu ser, Señora de la Alegría, tus ojos bañados en cristalinas lágrimas empiezan a ser recuerdo del mar de Genesaret por el que tantas veces tu Hijo pescó, toda tu amargura y soledad se desvanecía porque la esperanza sangrante de la vida eterna

despuntaba. Sabía ella de su Resurrección.

Y yo.... A mí... y tú, costalero cacereño, volvamos a escuchar de sus labios yertos, aun entre lágrimas de vida las palabras del Maestro: "María, soy yo".

La muerte está muerta. La vida se levanta. Apremia lo Eterno. Amén. ¡Aleluya!

He dicho

Fr.Manuel Diaz Buiza. Ofm.